

Conseguir trabajo y mantenerlo parece ser lo más serio e importante a lo que podemos aspirar. En un ordenamiento cultural marcado por la eminencia del poder del dinero y en detrimento de todo lo demás no parece haber muchos grados de libertad. No pierdas el trabajo si quieres mantenerte vigente en nuestra sociedad. Las abuelitas de antaño decían "no vuelvas tarde cuando ya oscurece". Hoy las abuelitas parecen decir (si es que no están ocupadas trabajando ellas mismas) "trabaja todo lo que sea necesario para que no te echen".

El mundo de la competencia ha tirado ácido sobre nuestras vidas, sobre nuestras redes sociales y familiares. En vez de ir juntos vamos separados. Competimos, desconfiamos, avanzamos a un mundo más incierto aún - estresados y temerosos.

¿Cómo vivir sanamente en este entorno? Enfrentando en forma más osada nuestros temores. Las personas que reconquistaron espacios de más salud, más calidad de vida, más probabilidades de auto-realización, han cuestionado el negocio que estaban haciendo con sus vidas, y pusieron en la balanza inversiones y beneficios, costos y satisfacción, peligros y ganancias, esfuerzos y recompensas, han mirado lo que pasa sobre esa balanza y han sacado conclusiones. Han aprendido a mirar con cierta distancia todo el afán actual, sabiendo en forma cada vez más clara, que la vida es una, y sólo una, y que ella no consiste en más cosas que comprar y tener. Han preguntado de nuevo si vale la pena tanta competencia, han reflexionado sobre la tensión interna vivida 24 horas por 7 días, han valorado, a expensas de una cierta seguridad económica, el hacer cosas por placer y no por utilidad, han vuelto a reafirmar el ser, el ser así sin nombre ni fin, el libre transcurrir de minutos y horas, y con ello han descubierto momentos de valor existencial ya casi perdidos para siempre en el apuro del diario vivir: el placer de sentir reverencia y gratitud por estar vivos, el respeto por su propia naturaleza, la libertad de cara a sus propios destinos.

No es fácil. Estamos tan acostumbrados, tan condicionados a aceptar lo que viene y seguir adelante, que resulta difícil cuestionarse estas cosas y más aun, cambiar el modo de vivir. Está la familia, la pareja, los amigos, personas queridas que sin embargo no siempre están listas para abrir un diálogo sobre estos temas. Es necesario algo más fuerte: una enfermedad, por ejemplo, la partida de un ser amado, una angustia creciente a cierta hora del día o frente a ciertas personas. Es muchas veces necesario un quiebre del corazón. No, así no quiero seguir.

A la gente joven sin embargo le está siendo más fácil ver las cosas con otra perspectiva. En Europa, en Estados Unidos, en nuestro país hermano, al otro lado de la cordillera, en Argentina, y en forma tenuemente emergente también aquí en Chile, los muchachos están practicando mucha gratuidad en temas muy sensibles a la comercialización y el dinero, como lo es la tecnología informática por ejemplo, pero también en otras áreas, en medioambiente, en turismo, en salud, en educación. Los muchachos hacen cosas porque les gusta hacerlas, porque ven sentido en lo que hacen, porque les gusta ayudar desinteresadamente. Están creando redes sociales de nuevo donde hasta hace poco había campos de batallas comerciales, están ofreciendo una mano generosa a quien está acostumbrado a ver desconfianza y agresión, están sonriendo de nuevo, por nada, o porque son felices. Son muchachos que no quieren seguir los pasos de sus padres, sino aprovechar las mil instancias asequibles para vivir en forma más simple y distendida, con más ganas, con más vitalidad, energía y salud que quienes les precedieron.

Fácil o difícil, el camino está ahí para quien quiere hacer una vida nueva, con significados personales y sociales más fuertes y naturales, para quien no quiere tener cáncer ya a los 20 o a los 30, para quien busca para sus propios hijos una vida más auténtica.

Y entonces estas personas se dedican a cuidar su salud. No fuman. Aprenden artes orientales, yoga, tai chi, meditan, se preocupan por lo que comen, buscan frutas y verduras sin agentes químicos, rechazan alimentos industrializados y así acortan el camino entre la naturaleza y sus bocas, plantan hierbas en maceteros o en el jardín, intercambian sitios de información interesante respecto a mil temas distintos, crean comunidades virtuales y después también en la realidad, caminan más, saben obtener cosas y servicios sin gastar innecesariamente, y miran con recelo el mundo del comercio. Algunos se van a vivir lejos, a lugares donde la naturaleza está más cerca del hogar, o a una pequeña ciudad donde, al decir de uno de ellos, puedo ausentarme brevemente del trabajo e ir a casa al baño si quiero.

La señora retoma el baile que practicaba de adolescente. El viejo compra el instrumento musical que siempre quiso tocar y va a clases. Otro estudia arqueología, se sumerge en historia y biología, indaga por los orígenes de todos nosotros. Y esa mujer va a aprender al campo lo que aún queda por aprender de los viejos y de los ancianos. Visita lugares que le fueron importantes en su niñez,

pregunta por personas, camina, se admira - y más tarde vuelve transformada, más silenciosa y contenta.

Está en nosotros vivir y crear la cultura que queremos, no tenemos por qué asumir ciega y obedientemente la de otros. No tenemos por qué hacer nuestros los llamados del marketing, compra, compra, compra, ni creer todo lo que dicen quienes ofrecen sus servicios profesionales altamente tecnologizados. Sólo la naturaleza sabe crear salud y vida, sólo las emociones dicen lo que cada uno de nosotros necesita en el aquí y en el ahora, sólo una autonomía bien asentada en nuestras fortalezas naturales nos sabe enfrentar con vigor interno y madurez a los múltiples vendedores que nos rodean y que nos conminan a gastar en lo que ofrecen. Los jóvenes, los muchachos de aquí y allá, están iniciando con mucha ingenuidad un cambio hacia un vivir distinto, más sano y tal vez también más sabio. Algunos adultos, muchos de ellos quebrados en su corazón, también lo intentan y lo consiguen. Aprenden a trabajar para vivir y no al revés. Aprenden a vivir sus vidas a partir del contenido que nace de las profundidades de lo propio, a partir del status que conquistan con su salud y su alegría de vivir, a partir de las acciones que no sólo van a favor de sus intereses individuales sino que también incluyen los intereses de los demás. Y lo que dejan detrás de sí, el vivir para trabajar, para comprar, para pagar la deuda, para sobresalir y pretender ser más que el otro, esto que dejan detrás de sí, parece ahora, desde la mirada de sus vidas nuevas y más auténticas, una pesadilla de la cual tuvieron suerte de salir a tiempo